

# El asalto final al Everest

por SIR EDMUND P. HILLARY

Para el asalto supremo al monte Everest, emprendido desde una base avanzada a 6.400 m. de elevación, el coronel John Hunt, jefe de la expedición británica, organizó dos grupos de dos individuos cada uno. Los grupos o equipos salieron con diferencia de horas entre uno y otro, aunque no se pretendía que aquello fuese una competencia. Primero partieron Charles Evans y Tom Bourdillon. Edmund Hillary, un apicultor neozelandés, y Tenzing Norkey, un veterano guía sherpa, continuaron la ascensión donde los otros se detuvieron, a 90 m. escasos de la cúspide.

Nuestro grupo de asalto, integrado por Tenzing y yo, llegó al Campamento VII a 7.315 m. de altura en la parte frontal del monte Lhotse, después de una ascensión que duró tres horas y cuarto y cuyo punto de partida fué el Campamento IV, ubicado a 850 m. abajo del VII. Allí encontramos instalado al grupo auxiliar, el cual se componía de George Lowe, Alfred Gregory y tres mozos porteadores, Ang Nima, Ang Tembar y Pamber. Teníamos cinco sherpas más para llevar el bagaje hasta el Col del Sur (paso meridional entre el Everest y el Lhotse) y regresar luego a un campamento inferior.

Tras una noche de sueño reparador, esto último gracias al oxígeno que inhalamos, en las primeras horas de la mañana salimos rumbo al Col del Sur; y a las 9:30, estando casi en la cima del glaciar del Lhotse, avistamos unas figuritas en la cresta sudoriental. Eran Evans y Bourdillon en su primer asalto a la montaña, el coronel Hunt, jefe de la expedición y Da Namgyal, otro mozo de la tribu sherpa del Himalaya que subía con víveres y oxígeno. Todo el tiempo que tardamos en atravesar en zig-zag la pendiente helada del Lhotse en dirección del paso meridional, estuvimos observando el progreso de los otros.

A la una de la tarde nos emocionó ver cómo Evans y Bourdillon transponían el pico del sur del macizo, antes que unas nubes los borraran del panorama. Para entonces Hunt y Da Namgyal descendían hacia el campamento del Col del Sur, y como nos pareciera que andaban en apuros, acudimos a ayudarlos. Volvían exhaustos. Hunt, quien no se había guardado ninguna consideración en todo el viaje, acababa de realizar un esfuerzo magnífico. Había acarreado parte de nuestro bagaje hasta un lugar situado a unos 45 m.

arriba del sitio donde acampó una expedición suiza anterior a la nuestra, y aproximadamente a 8.230 m. de altura. Después, por no reducir los abastecimientos para el asalto final, él y Da Namgyal habían vuelto sin tomar oxígeno. A las 3 de la tarde Evans y Bourdillon se aparecieron entre la neblina de la cresta y bajaron muy lentamente por el Gran Couloir, enorme corredor o garganta llena de nieve que conduce al Col del Sur. Regresaban cansadísimos de la tremenda jornada que habían completado. Corroboraron que habían transpuesto el pico del sur (a 8.750 m. sobre el nivel del mar) y llegado así a una altura jamás alcanzada hasta entonces por ninguna criatura humana. Nos comunicaron que la cresta que iba hasta la cúspide formaba un camino escabrosísimo.

El Col del Sur, ya de sí un lugar poco ameno, asumió un aspecto todavía más ingrato en la noche del 26 de mayo. Soplaban un viento fortísimo y hacía un frío tremendo. La mayoría dormimos poco y mal. A la mañana siguiente el viento mantenía aún su furia y era obvio que no podríamos aventurarnos por la cresta sudoriental. Cualquier movimiento dentro de las tiendas de campaña, pese a la abrigadora ropa que llevábamos, era una experiencia penosa. El viento amainó en la mañana, mas sin perder su fuerza arrolladora. Hunt, Evans y Bourdillon se aprestaron a volver al Campamento VII, no obstante que se sentían aún agotados. Ang Tembar se había enfermado y resolvimos despacharlo con los demás. Lowe y yo ayudamos a los cuatro a trepar a las laderas situadas sobre el Campamento. Después los vimos iniciar el lento y fatigoso descenso.

A las 8:45 Lowe, Gregory y Ang Nima, con más de 18 Kg. de carga cada uno, se

pusieron en camino; ingerían cuatro litros de oxígeno por minuto.

Tenzing y yo cargamos sobre los aparatos portaoxígeno nuestra ropa, las bolsas cobertores, los colchones de aire y una pequeña cantidad de víveres; y a las 10 de la mañana echamos a andar, con 23 Kg. de bagaje sobre las espaldas. Recorrimos pausadamente las largas pendientes que desembocan en el borde inferior del Gran Couloir. Subimos luego por una verdadera escalera que a golpe de pica hizo Lowe en una empinada sábana de nieve firme. Al mediodía llegamos a la cresta. Allí encontramos a la otra comitiva junto a la tienda de campaña, hecha ya jirones, que en la primavera anterior levantaron los montañistas suizos. Era un lugar maravilloso desde el cual se dominaban paisajes notables, y nos deleitamos tomando fotografías. Levantamos los bultos nuevamente y avanzamos 45 m. hasta el depósito de abastecimientos que Hunt nos había preparado dos días antes.

Aunque estábamos a 8.230 m. de altura, el sitio nos pareció muy bajo para un buen campamento. Nos sentíamos con bríos y decidimos agregar más equipo a nuestras ya pesadas cargas. Gregory recogió unas botellas de oxígeno, Lowe víveres y combustibles y yo me eché una tienda a la espalda. Todos menos Ang Nima, cuyo cargamento apenas pasaba de 18 Kg., llevábamos de 23 a 27 Kg. de bagaje. Continuamos a un paso moderado. El macizo parecía tajado a pico, pero la configuración ascendente de las aristas de las peñas nos deparó buenos puntos de apoyo. En algunos lugares fué preciso labrar peldaños con la pica pero progresamos con relativa facilidad, aunque cuidándonos de las capas de nieve floja.

A las dos, cuando ya flaqueábamos bajo el peso de los bultos, empezamos a buscar un sitio donde acampar. Aminoramos el paso y ya desesperábamos de hallar un refugio cuando Tenzing, recordando el terreno por donde anduvo el año anterior, nos propuso atravesar en zigzag unas cuevas que se veían a la izquierda. Pusimos su plan en práctica y a las 2:30 asentamos la planta en un lugar más o menos plano, al que servía de alero un morro rocoso, y allí, a 8.500 m. de altura decidimos levantar la tienda.

Los tres «mozos porteadores», Lowe,

Gregory y Ang Nima, se desembarazaron de sus bultos con suspiros de alivio. Estaban fatigados pero contentos; y es justo reconocer que en parte, gracias a ellos, tuvo buen éxito la ascensión del día siguiente.

Sin más demoras partieron los tres para el Col del Sur. Tenzing y yo nos quitamos las máscaras para no desperdiciar oxígeno. En seguida, blandiendo las picas, nos dedicamos a construir una plataforma. Rompimos el hielo hasta dejar al descubierto un suelo rocoso con una inclinación como de 30 grados y en un par de horas conseguimos aflojar suficientes piedras para aplanar dos franjas de un metro de ancho por dos de largo, con un desnivel como de 30 cm. entre una y otra. Concluida la tarea en la mejor forma posible, levantamos y aseguramos la tienda sobre los dos pisos de la plataforma.

En seguida Tenzing calentó una sopa. Yo hice un inventario de nuestra escasa provisión de oxígeno y comprobé que disponíamos de menos de lo que esperábamos. Para el asalto final al Everest teníamos solamente una botella completa y las dos terceras partes de otra, para cada uno. Sería necesario usar menos de los cuatro litros por minuto que habíamos dispuesto originalmente. Supuse, sin embargo, que si reducíamos el consumo a tres litros por minuto tendríamos probabilidades de triunfar. Conforme a esto, preparé los aparatos e hice los ajustes convenientes. Una cosa nos favorecía: que Evans y Bourdillon habían dejado dos botellas con una tercera parte de su contenido normal de oxígeno, a unos cuantos cientos de metros arriba del campamento. En esa dotación de oxígeno depositamos nuestra esperanza de regresar con toda felicidad al Col del Sur.

Durante la noche el viento cayó en un letargo del que sólo salía brevemente, cada 10 minutos, para flagelar los montes. Aprovechando la tregua, bebimos copiosamente y comimos sardinas con galletas, albaricoques en compota, dátiles con mermelada y miel. No obstante encontrarnos a mucha altura, respiramos normalmente hasta que un súbito esfuerzo nos hacía jadear.

Tenzing extendió su colchón de aire en el piso inferior de la plataforma, con la mitad suspendida sobre el despeñadero, y se dispuso a dormir. Yo me acomodé lo mejor que pude, medio sentado y medio reclinado en

el piso superior, con las piernas encogidas y los pies en el plano inferior. La postura no era nada cómoda pero tenía una ventaja. Cuando el ruido anunciaba una ráfaga, yo podía hacerme un ovillo y, al mismo tiempo, sujetar los postes que sostenían la tienda, la cual se estremecía y ondeaba de modo alarmante.

Habíamos economizado oxígeno para sólo cuatro horas de sueño a razón de un litro por minuto. Lo usamos de las 9 a las 11 de la tarde y de la 1 a las 3 de la mañana. Tomábamos oxígeno y dormitábamos. Pasaba el efecto y nos acometían fríos y angustias. Aquella noche el termómetro señaló 27° C bajo cero, mas, por fortuna, se apaciguó el viento.

A las 4 de la mañana, con un tiempo perfecto, abrí la puerta de la tienda y apareció ante nuestros ojos una vista de indescriptible belleza. Lleno de entusiasmo, Tenzing me mostró el monasterio de Thyangboche, vagamente visible sobre una estribación dominante de la cordillera, a 4.875 m. por debajo de nuestro observatorio.

Encendimos la cocinilla. Luego, para evitar la debilidad que produce la deshidratación, bebimos mucho jugo de limón con azúcar y consumimos la última lata de sardinas con galleta. Llevé los portaoxígenos al interior de la tienda, les quité el hielo y los inspeccioné minuciosamente. Sobre los vestidos forrados de edredón nos pusimos ropa especial contra el viento y nos cubrimos las manos con tres pares de guantes: unos de seda, otros de lana y unos más para el viento. Finalmente, a las 6:30 de la mañana salimos arrastras de la tienda y una vez afuera nos echamos a cuestras el portaoxígeno que pesaba 14 Kg., nos calamos las máscaras, y abrimos las válvulas de las botellas para que penetrara el vivificante oxígeno en nuestros pulmones.

Tenzing se adelantó y, valiéndose de los crampones, abrió un camino escalonado, desde el morro rocoso hasta una ladera, cubierta de nieve floja, que queda a la izquierda del peñón principal. La luz del sol, cuyos rayos bañaban el monte, nos permitió ver bien nuestra primera meta: el pico del sur, muy por arriba de donde estábamos. Con movimientos sistemáticos, sin dejar de labrar escalones con los crampones Tenzing ascendió

en una prolongada línea transversal para volver al peñón; y finalmente llegamos a la cresta, en el lugar donde la nieve forma un gigantesco promontorio a unos 8.530 m. sobre el nivel del mar.

Un poco adelante, la cresta se afila en forma casi cortante. Tomé la delantera y avanzamos sin parar, pero con lentitud, para no desperdiciar energías. Como la nieve suave e inestable de la cresta dificultaba nuestra tarea y acrecentaba los peligros, me desvié hacia la pendiente del lado izquierdo, donde el viento había cuajado una delgada costra de hielo. Esta soportaba a veces el peso de los dos pero, con más frecuencia de lo que era de desear, se producían desprendimientos cuyos efectos inquietaban nuestro equilibrio y ánimo. Al término de unos cientos de metros de marcha en esas condiciones, la cresta perdió algo de su naturaleza abrupta y en un agujero hallamos las botellas de oxígeno abandonadas por Evans y Bourdillon en un intento anterior de ascensión. Raspé su envoltura de hielo y descubrí con agrado que contenían algunos litros de oxígeno, bastantes, empleados con medida, para facilitar nuestro regreso al Col del Sur.

Continué subiendo y al levantar la mirada ví que de pronto el muro del peñón se enderezaba y ensanchaba hasta formar un formidable frontón de nieve de 120 m. de alto, rematado por el ápice del pico del sur. Intuímos los peligros que ocultaba el frontón en su chapa de nieve pero como, aparentemente, no había otra ruta resolvimos perseverar en nuestros arduos e incómodos esfuerzos por abrir una senda a través del muro. Con gran satisfacción encontramos, a la postre, un manto más sólido de nieve. Entonces cortamos peldaños en las últimas cuestras y a las 9 de la mañana, con las puntas de los crampones, trepamos al propio pico del sur.

Examinamos, no sin interés, la parte virgen de la cresta que se elevaba al cielo delante de nosotros. En el primer instante nos impresionó y aterró. En el lado derecho descubrimos grandes y retorcidas cornisas, verdaderas masas colgantes de hielo y nieve que me parecieron dedos anquilosados de manos empeñadas en arañar el escarpado flanco Kangshung del Everest y tocar el fondo de un precipicio de 3.660 m. de profundidad. Cualquier movimiento en esas corni-

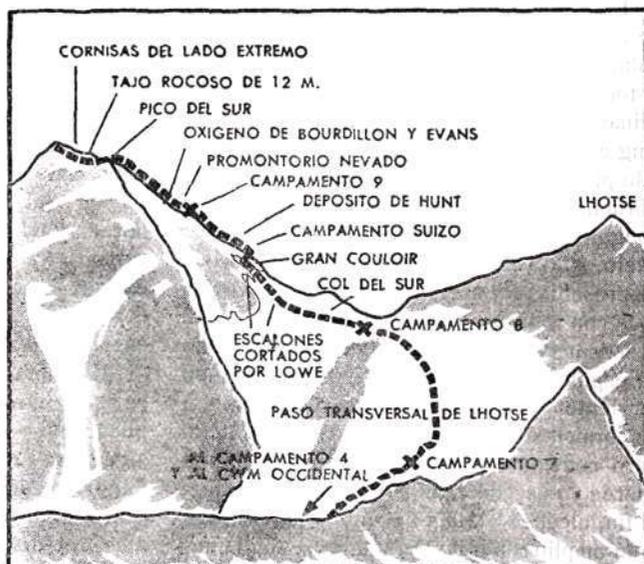
sas podría terminar en tragedia. Como si quisiera alejarse de ellas, el peñón cae a pico hacia la izquierda hasta un punto donde la nieve se confunde con un gran muro rocoso que, en actitud arrolladora, sube del Cwm Occidental, vasta cavidad que flanquea al Everest por el oeste. Un solo detalle alentador alcanzamos a percibir en ese imponente cuadro: una empinada pendiente, cubierta por un manto de nieve prieta, que separaba a las cornisas del abismo. Cortando escalones a lo largo de aquella cuesta podríamos por lo menos, progresar un poco más.

Las primeras botellas de oxígeno, las que sólo estaban parcialmente llenas, quedaron vacías. Así, pues, las tiramos y echamos mano de las llenas —800 litros de oxígeno— suficientes para una jornada de cuatro horas y media a razón de tres litros por minuto. El portaoxígeno sólo pesaba ya 9 Kg. Por consiguiente, al cortar los primeros escalones para alejarnos del pico del sur experimenté clara sensación de libertad y bienestar. En cuanto la pica mordió la nieve de la pendiente se cumplieron mis mejores deseos: era nieve cristalina y apretada. Únicamente se precisaban dos o tres rítmicos golpes de pica para hacer un escalón con espacio suficiente para nuestras descomunales botas de montaña. Más aún: bastaba descargar un golpe seco para que la pica, incrustándose hasta media hoja, se transformara en un sólido amarradero.

Avanzamos por turnos. Yo cortaba una hilera de escalones de 12 m. de longitud y Tenzing me protegía, anudando alrededor de la pica la cuerda que nos unía. Después, encajaba yo mi pica, amarraba en ella la cuerda y Tenzing, asegurado contra cualquier paso en falso, ascendía hasta donde me encontrara. Varias de las cornisas resultaron ser demasiado grandes y para eludirlas hubimos de descender cortando escalones hasta el sitio donde convergían la nieve y las

peñas. Casi a rastras sobre las peñas, y haciendo agujeros en la nieve para apoyar la mano, logramos dejar atrás aquellos accidentados lugares.

Noté, en una ocasión, que Tenzing parecía respirar con dificultad y me detuve a examinar su portaoxígeno. El hielo había tapado el tubo de escape, que mide unos 5 cm. de diámetro. Lo limpié y Tenzing respiró



La ruta a la cúspide, que siguieron Hillary y Tenzing, está señalada aquí con los varios puntos que cita el artículo.

desahogadamente. Al examinar el mío observé el mismo defecto y desde entonces no descuidé, ni un momento, la cuestión del oxígeno.

### Al borde de un precipicio

El tiempo, para ser del Everest, era perfecto. No quiero decir con esto que fuese un día ideal para descansar en la playa. Pero gracias a los trajes forrados de edredón y a la ropa contra el viento, ni éste ni el frío nos molestaron. Me quité las gafas de montaña por un momento a fin de examinar un sector peligroso y no tardaron mucho en cegarme los finos copos que arremolinaba un viento helado. Inmediatamente me las puse de nuevo.

Al cabo de una hora de abrir escalones y más escalones, llegamos al pie del accidente más impresionante de la cresta: un tajo vertical de 12 m. de altura. Lo habíamos estudiado con gemelos, desde Thyangboche, y

habíamos pensado que un paso de tal índole, a semejante altura, bien podría ser la clave del triunfo o de la derrota. Liso, sin puntos que pudieran servir de apoyo, el tajo podía haber sido, cualquier domingo, un problema interesante para un grupo de expertos trepamontes del Distrito Lacustre de Inglaterra. En su marco natural, era una barrera muy grande para nuestras débiles fuerzas.

Pero también ahí existía una posibilidad de resolver el problema. En el lado oriental había otra cornisa y entre ésta y las peñas, a todo lo largo de los 12 m. del tajo, descubrimos una grieta estrecha. Dejando a Tenzing el cuidado de protegerme con la cuerda y la pica, me introduje en la grieta. Después, afirmándome con los crampones en la nieve congelada me impulsé hasta levantarme del suelo. Aprovechando cuanta saliente rocosa se presentaba y haciendo presión contra la roca con rodillas, hombros y brazos, caminé prácticamente sobre los crampones, pegado de espaldas al muro de la grieta y rezando fervientemente para que no se desprendiera la cornisa del peñón. El progreso fué lento pero constante y conforme Tenzing soltaba cuerda yo ascendía palmo a palmo hasta que, al fin, alcancé la cima del tajo y me arrastré a un amplio reborde. Permanecí inmóvil unos cuantos segundos, hasta recobrar el aliento; y allí, por primera vez, sentí que nada podría ya impedir que llegásemos a la cúspide del Everest.

Cuando hube recobrado el aliento adopté una postura firme y empecé a recoger la cuerda mientras Tenzing, a su vez, avanzaba por la grieta. Llegó agotado y se echó al suelo como un pez gigante que tras larga lucha es sacado de su elemento. Tomé nota del oxígeno que restaba y calculé el consumo que tendríamos que hacer. Todo iba bien. Tenzing se había movido con mucha lentitud pero su paso todavía era seguro y firme. Le pregunté cómo se sentía y se limitó a sonreír y a indicarme por señas que siguiéramos adelante. La cresta no había cambiado de aspecto. Vimos a la derecha cornisas inmensas, y a la izquierda cuevas empinadas. Avanzamos cortando escalones, sin tener la menor idea de donde se hallaría la cima. El peñón, haciendo una curva, se inclinó hacia la derecha; y más tardaba yo en abrirme paso sobre una joroba que en aparecer otra más

pronunciada. Volaban los minutos y el macizo parecía no tener fin.

Traté, para ahorrar tiempo, de avanzar utilizando únicamente los crampones, sin cortar peldaños, pero desistí de mi propósito casi en el acto al comprender que nuestro margen de seguridad en un terreno tan empinado como aquél, y a esa altura, sería entonces muy pequeño. Empezaba a cansarme y Tenzing se movía muy lentamente. Construía unos escalones en la arista rocosa de un promontorio, cuando me pregunté cuánto tiempo más podríamos aguantar. En ese instante observé que el monte, en vez de elevarse más, se precipitaba vertiginosamente y al fondo, muy lejos de nosotros, avisté el glaciar del Rongbuk Oriental. Levanté la mirada y ví una angosta cresta nevada que subía hasta terminar en afilada punta. Descargué unos cuantos golpes más de pica en la nieve firme y, por fin, nos encontramos en cúspide del Everest.

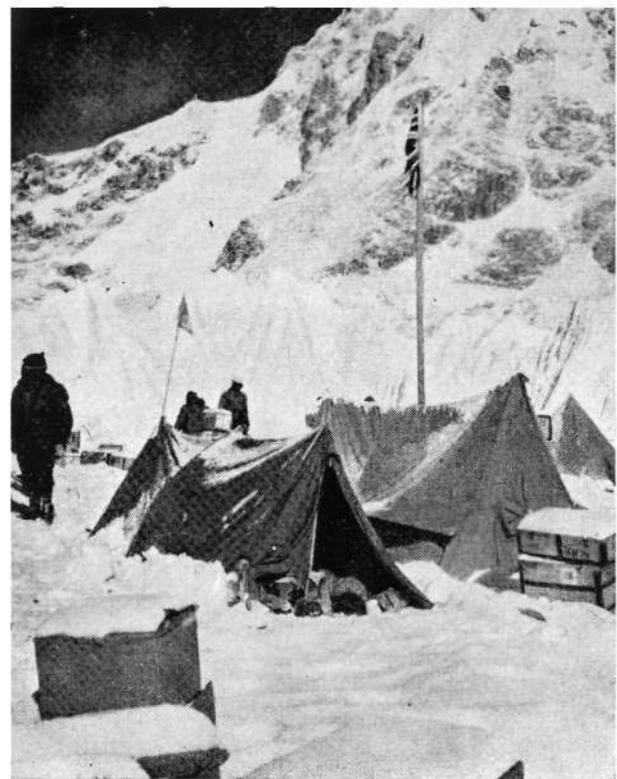
Mi primera sensación fué de alivio. Ya no sería preciso construir más peldaños, ni franquear más crestas nevadas con marchas en zigzag, ni escalar otros promontorios empuñados en escondernos la meta. A pesar del gorro tejido, de las gafas de montaña y la máscara del oxígeno cubierta de agujas de hielo que ocultaban la cara de Tenzing, ví cómo en la boca de éste se dibujaba una contagiosa sonrisa de júbilo y cómo sus extasiados ojos admiraban el panorama que teníamos a nuestro alrededor. Nos felicitamos con un apretón de manos y en seguida, olvidando la etiqueta anglosajona, nos echamos en brazos uno del otro y nos palmeamos las espaldas hasta quedar sin resuello.

Miré el reloj: 11:20 de la mañana. El monte había resistido el asalto dos horas y media pero a mí me parecía que habían sido cinco. Nuevamente examiné el oxígeno. Sí, nuestra reducida ración estaba más o menos bien. Pero si queríamos conservarla en tres litros tendríamos que apresurarnos a regresar, pues apenas alcanzaría para dos horas más. En esas dos horas había que dejar el peñón y bajar por las peligrosas pendientes del pico del sur hasta donde nos esperaban dos botellas con un poco de oxígeno.

Cerré la válvula del tubo de escape y me quité el portaoxígeno. Saqué la cámara y me dediqué a tomar fotografías de cuanto estaba



Tensing e Hillary dispuestos para el asalto final.



Una vista de uno de los Campamentos Base.



Tensing en la cima del Everest.

a la vista. Primeramente, a Tenzing con una ristra de banderas: de Nepal, Gran Bretaña, las Naciones Unidas y la India. Después, de todas las crestas del Everest. No esperaba obtener resultados muy halagüeños porque apenas podía tener quieta la cámara en mis torpes y enguantadas manos, pero pensé que las fotografías servirían, por lo menos, como constancia de la proeza. A los 10 minutos me percaté de que mis movimientos se hacían torpes y lentos. Rápidamente recogí el aparato y la máscara y pocos instantes después volví a sentir el estimulante efecto del oxígeno.

Durante el rato que tomé fotografías, Tenzing hizo un agujero en la nieve y colocó en él varios alimentos: una barra de chocolate, una cajita de galletas y un puñado de caramelos. Nada extraordinario pero, de todos modos, constituía una oferta a los dioses que, según los devotos budistas, moran en el Everest.

Quince minutos después emprendimos el regreso. El mundo entero se abría por todos lados como si fuese un inmenso mapa en relieve. Fundido ya el acicate de la ambición en el crisol de la gloria, la debilidad invadía nuestros miembros y pretendía asfixiarnos. Abandonamos la cúspide sin perder tiempo y nos apresuramos a desandar el camino espoleados por nuestra menguante existencia de exigeno.

Rápidamente dejamos atrás un promontorio tras otro. En un plazo que nos pareció maravillosamente fugaz pisamos el peldaño rocoso. Entonces, con ese aire de indiferencia del que conoce el terreno, bajamos ayudándonos con las crampones y haciendo presión con el cuerpo. Nos sentíamos cansados mas no al extremo de volvernos descuidados. Cautelosamente volvimos a cruzar las crestas rocosas y descendimos por turnos en los sitios cubiertos con nieve floja. Con los crampones, bajamos por nuestra escalera de nieve hasta el pico del sur. ¡Habíamos necesitado solamente una hora para descender de la cúspide! Estábamos venciendo al tiempo mismo y por consiguiente nos detuvimos a tomar una limonada antes de continuar.

Al escurrirnos por la gran pendiente nevada blandí la pica para modelar bien cada escalón, como si en ello nos fuese la vida... y posiblemente así era. Cada paso adelante era uno menos hacia la seguridad. Pero al

cruzar de la pendiente a la cresta inferior nos miramos y levantamos los hombros. Con ese gesto sacudimos el temor que nos había perseguido todo el día.

El cansancio se acentuó pero avanzamos como autómatas hasta el sitio donde nos aguardaban los preciosos recipientes de oxígeno. Como ya no estaba muy lejos el campamento montamos los cilindros en el porta-oxígeno, proseguimos la marcha y a las dos de la tarde arribamos a nuestra tienda en su fantástica plataforma de doble piso. El viento moderado de la tarde había desenganchado parcialmente la tienda y ésta aleteaba como un pájaro.

### **Una mala treta del viento**

Estábamos sedientos y aún nos faltaba llegar al Col del Sur. Tenzing encendió la cocinilla y preparó una limonada caliente muy endulzada. Yo coloqué los cilindros semivacíos en el porta-oxígeno y regulé la ración a dos litros por minuto. Allá abajo, en el Col del Sur, se movían unas figuritas y pensamos que Lowe estaría impaciente, esperando nuestro retorno.

Dedicando una mirada de despedida al campamento que tan bien nos sirvió, llegamos al sitio donde acamparon los suizos y nos desviamos hacia la gran garganta rellena de nieve.

Ahí nos esperaba una sorpresa desagradable. Un viento fuerte había ocultado los escalones y ante nuestros cansados ojos sólo se extendía una imponente superficie empinada. No había más remedio que labrar nuevos peldaños. Así lo hice, laboriosamente, en un trecho de 60 m., desafiando fuertes ráfagas que amenazaban arrancarnos de nuestra improvisada escalera. Tenzing asumió la delantera y labró más escalones en otro trecho de 30 m. Pasó luego a un manto más blando de nieve y con los crampones abrió camino hasta donde termina el Gran Couloir.

Dos figuras salieron a nuestro encuentro, a unos 75 metros arriba del campamento. Eran Lowe y Noyce que nos traían sopa caliente y oxígeno. Bajamos al Col del Sur y ya en la tienda y con un suspiro de deleite puro nos escurrimos en las bolsas cobertores.

(Traducido de LIFE).